

# La Semana Ilustrada

Año I.

Redacción: Marqués de la Ensenada, 8.  
Administración: Mesonero Romanos, 31.

Madrid 12 de Octubre de 1907

10 céntimos-Número suelto-10 céntimos.  
Año, 5 ptas. Semestre, 3. Trimestre, 1,50.

Núm. 24.

## HEROICO SALVAMENTO DE UNA HERMOSA JOVEN



(VEASE EL RELATO EN LA 3.ª PLANA)



# ACTUALIDAD MUNDIAL

## LOS TRES MARIDOS DE LA PRINCESA DE SAJONIA



Continúa dando juego el escándalo de la princesa Luisa de Sajonia, á que nos referimos en nuestro número anterior. Las gestiones que se practican por orden del rey Federico, á fin de rescatar á la princesita Pia Mónica, no han dado aún el resultado que se persigue.

Como síntesis de las aventuras amorosas de la actual señora del pianista Toselli, ofrecemos una pre-

ciosa alegoría de nuestro redactor artístico Sr. Blanco Coris.

La Princesa Luisa se casó primero con el actual rey Federico de Sajonia. Se fué después con el preceptor de sus hijos, M. Girón. Pero el rey de Sajonia, que no hace mucho estuvo en Madrid, visitando la corte de España, accedió noblemente al divorcio de su esposa, concediéndole una pensión para que educase

á la princesa Mónica, una hija que nació después de la violenta y ruidosísima separación.

Ahora, como todo el mundo sabe, la princesa Luisa acaba de aumentar la lista, por lo visto interminable, de sus maridos, contrayendo legítimas nupcias en Londres con el pianista Enrico Toselli. Está, ó debe estar por tercera vez, en plena luna de miel.

El robo y el saqueo autorizados en Marruecos.



Los verdaderos tipos de «goumiers» á caballo.

## CANADIENSES CONTRA JAPONESES



Vista de Vancouver.

Los blancos celebraron una manifestación contra la inmigración japonesa en el Canadá. Como el subgobernador inglés no les apoyó en sus pretensiones, la muchedumbre quemó su efígie y después atacó violentamente el barrio chino japonés.

La policía, impotente para restablecer el orden, rogó á los japoneses que se limitaran á defenderse; pero cuando 2.000 blancos empezaron á destruir á ladrillazos las mercancías de varios buenos almacenes japoneses, los súbditos del Mikado no pudieron ni quisieron contenerse, sino que al grito de «Banzai, banzai» cargaron los amotinados, y en menos de cinco minutos los dispersaron.

Lo curioso del contramotín fué la perfecta organización militar con que los japoneses rechazaron el ataque de los blancos. Efectuaron el despejo de las calles con la seguridad y decisión de soldados mandados inteligentemente. La primera fila de japoneses apedreaban con pedazos de botellas á los amotinados, y las mujeres se encargaban de renovar las municiones de sus maridos. Al día siguiente volvieron los amotinados blancos al mismo barrio, y los japoneses los recibieron con botellas rotas, pero también con estacas, revólvers y largos cuchillos, y amenazaron con emplear bombas de dinamita. Ante la enérgica actitud de los valientes japoneses, los blancos se retiraron descorazonados. Estos eran más de 2.000; los japoneses no pasaban de 400 á 500; pero como supieron organizarse de una manera tan perfecta como espontánea, no les fué difícil rechazar con bravura y dignidad las agresiones.

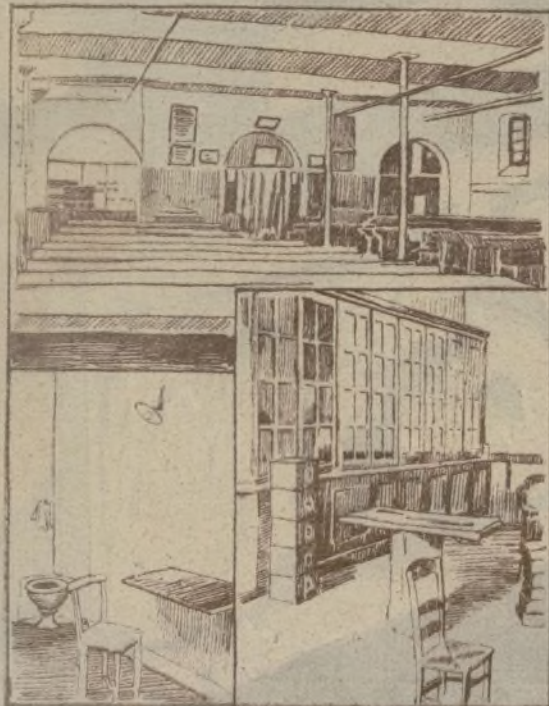
## LA «PRESTACIÓN» PERSONAL, por Moyano.



A esto queda reducida la postración personal:

por un «golfo» que curulea diez guardias sin trabajar!

## El castigo de los «apaches», según «Le Matin».



Lo que se les ofrece en Francia.



Lo que se les ofrece en el Extranjero.



## NUESTRA PRIMERA PLANA

Las noticias últimamente recibidas del horroroso incendio de Ottawa, en Western Canadá, son emocionantes en grado sumo, pues no sólo dan cuenta de desastres financieros y pérdidas considerables para la vida económica de aquel país, sino también reseñan tragedias nunca vistas, innumerables episodios sangrientos, cuadros de miseria que llenan de espanto y rasgos sublimes de heroísmo.

Entre estos últimos, requiere especialísima mención por la aureola de romanticismo en que aparece envuelto, el que gráficamente hallará el lector reproducido a todo color en nuestra primera plana.

Un valeroso bombero, que arrostra con intrepidez y temeridad sin ejemplo los riesgos de las llamas devoradoras, penetra por la ventana de un quinto piso, y después de romper puertas y perforar con una piqueta cuatro tabiques consecutivos, llega a la habitación-dormitorio de una preciosa muchacha llamada Alicia Mc Clellan, la recoge en sus fornidos brazos y la salva de una dolorosa y terrible muerte que todos los vecinos y espectadores del fuego daban por segura e inevitable.

El hecho en sí, por su audacia y altruismo, ha causado sensación inmensa; pero lo más extraordinario é interesante del suceso lo constituyen sus detalles íntimos y que la prensa norteamericana se ha cuida-

do de divulgar con toda prolijidad.

El joven bombero, Arturo Taft, cuyo ilustre apellido es el mismo del actual ministro de la Guerra de los Estados Unidos y del que será tal vez en plazo próximo Presidente de la República, estaba hace años locamente enamorado de Alicia Mc Clellan. En repetidas ocasiones y con insistencia agresiva para la dama de sus pensamientos, le había declarado de palabra y por escrito su amor apasionado. La pesadez del galán, sus exigencias un tanto atrevidas y los desaires que frecuentemente sufría, eran motivo de risa y murmuración entre las gentes del barrio.

Los comentarios nada piadosos para el infortunado Arturo, llegaron a su apogeo con ocasión de una de-

nuncia presentada a la policía por la mismísima Alicia, la cual, amparada en las leyes rigurosas de la República, que en punto a protección de la mujer llegan a la injusticia y la arbitrariedad, logró que su molesto pretendiente fuera multado y hasta preso.

En esta situación difícil y ridícula para Arturo, cuando sus buenos sentimientos eran objeto del ludibrio y las burlas de todo el mundo, ocurre el formidable incendio de Ottawa. El abnegado y generoso bombero sabe perdonar a la preciosa Alicia sus desvíos de mujer ingrata, y le salva la vida en el momento de mayor peligro, acudiendo como una flecha a la cama en que dormía. Nadie más que él pudo acordarse en aquel trance supremo de la linda

muchacha, sitiada por el incendio.

La opinión entera muéstrase favorable al heroico joven y aplaude la firmeza y el desinterés de su amor. Al propio tiempo Alicia, rectificando sus anteriores pensamientos, desea casarse con Arturo. Su arrojo y su nobleza le han enamorado.

Mas Arturo Taft se resiste, y es ahora él quien no quiere entregar su mano a quien tanto le hizo padecer con desprecios y humillaciones.

Además, la obra humanitaria y filantrópica que ha realizado espontáneamente, por impulsos del corazón, no puede en su concepto empeñarse con la mezquindad de una recompensa, aunque ésta sea tan alta y espléndida como el carifio de una mujer bonita agradecida.



Prologuillo.—De La Cierva á Osma... y viceversa.—La Providencia del Dios Baco.—La pizarra de los tramposos: un "tasquero", poeta.—El Casino de los humildes.—Lances de honor y desafíos de "cabayeros", el matonismo.—La esposa mártir.—"El tabernero es el mortal...",—La Aritmética de la "tasca",—Efectos de la desgravación y del cierre.

No sé yo si el Sr. La Cierva habrá sido en sus mocedades frecuentador ó «habitué» de las *tasca*s, que en aquellos sus verdes años no eran conocidas por ese nombre con que el pueblo, imitando á los que le bautizan el vino, las ha bautizado recientemente. Por las trazas, se ve que no.

A su colega el Sr. Osma se le supone más versado en achaques vitivinícolas, y de ello ha dado gallardas muestras al tejer y destejer su espiritual ó espirituosa tela de

metralmente opuestos en la materia que nos ocupa y nos preocupa actualmente á todos; pues mientras el uno de ellos abre las puertas de los fieltos para que entre el sabroso zumo de la vid, el otro cierra las de los tabernáculos para que el dicho néctar no salga.

Resulta, por lo tanto, que tal vez se abaratarán los actuales precios del vino—aunque *pa mí que nieva*, y más tarde diré en qué fundo mi escepticismo—; pero que desde luego aumentará la entrada de pellejos, botas, pipas, cubas, toneles y botellas, con gran desconsuelo de arrendatarios y vigilantes de Consumos y con notorio perjuicio para los Ayuntamientos; y que, ó tendrán que beberse el vino los taberneros, ó los parroquianos (excediéndose en las libaciones por la mayor cantidad de líquido y el menor espacio de tiempo de que dispondrán para trasegarlo de las copas á los estómagos) se embriagarán antes de que suene la última campanada de las doce, que es la hora cabalística de La Cierva.

Yo no encuentro mal esto, ni tampoco lo de la hora de salida de los teatros, y hasta me parecería muy bien que se ordenase *ab irato* desde el Sinaí de la Puerta del Sol el cierre de las funerarias nocturnas, y se nos prohibiese morir después de dada la media noche, ó de la una y treinta y tres minutos de la madrugada hasta la salida del sol. Realmente, si los Gobiernos no dedicaran su atención

á menesteres tan importantes, no tendrían razón de ser.

Y paso á hablar un poco acerca de la vida íntima tabernaria, no porque yo la conozca á fondo *prácticamente*, sino porque—si en teoría la ignorase también—ya me habrían hecho ministro de cualquier cosa...

\*

El tabernero es en Madrid una institución y una Providencia para los parroquianos de buena cepa, quiero decir, para los que cumplen con su deber pagando.

Les sirve de padrino de boda, les saca de pila á sus *churumbeles*, los saca á ellos de la Delegación—ó la Comi, según la llaman en estos tiempos—; les vale de fiador para arrendar casas, comprar á plazos ó alquilar muebles, desempeñar cargos de cobrador, etc. Les presta dinero sin interés alguno; les resuelve á título fiduciario el magno problema de la comida, á pagar por meses vencidos, y cuando les estorba lo negro, él escribe las cartas de sus clientes, poniendo gratuita ó graciosamente el recado (tinta, papel y pluma), y algunas veces anticipándoles los *diecito* ó los *quincito* que cuesta el sello.

Y, aparte de esto, les fía también algunas copas y les presta albergue en los ratos de ocio y vagar, defendiéndolos contra los rigores del sol en la canícula y contra las inclemencias del viento y de la lluvia, de las nieves y de las heladas, en lo más crudo del invierno.

Díganme ahora si exageré al comparar á los *tasqueros* con las instituciones y al ponerlos al ras de la Providencia divina. Sólo por estos dos conceptos, el religioso y el político, debieran de haber sido tratados—no ya con las fórmulas del respeto, sino con el culto de la veneración—por hombres tan piadosos y

tan dinásticos como los señores La Cierva y Osma...

\*

Pero ¡ay!, así como el amo de una taberna es un ser benéfico, una deidad misericordiosa y clemente para los buenos pagadores, así es de airado, implacable y cruel hacia los *tramposos*. La temible y temida pizarra puesta al lado del mostrador en la mayoría de las *tasca*s de bajo vuelo, y aun en algunas de alto copete; ese «cuadro de deshonra» en que salen á la vergüenza pública los deudores incorregibles, recalcitrantes é impenitentes, es como la picota en que se condena á muerte civil á los amigos de beber de *rositas*, de la resistencia al pago y de la ocultación de la riqueza...

Yo recuerdo haber visto en una de esas listas infamantes, y en verso, para mayor ignominia (porque el tabernero es poeta, y en una de las plazas de abastos más concurridas de Madrid pueden dar noticias de él á quien las desee), la acusación siguiente, que copié de mi puño y letra, al dorso de un prospecto de la aludida tienda:

*Marcelino, el alguacil del Juzgado, es mucho Marcelino; me debe tres pesetas veinticinco céntimos, de copeo de vino, y ya no le buelbo más á servir.*

Ese poeta del embudo y de la corambre—que, por su horror á las *vv*, debe de ser un *bizkaitarra* de tomo y lomo—, sabe valerse así de las musas, tan desinteresadas y generosas, para cobrar sus cuentas, porque los dísticos de Carulla son desahogos inofensivos al lado de las ametralladoras y rotundas estrofas de mi vate tabernero, y no hay ciudadano que se arriesgue

no teniendo el valor acreditado de algunos alguaciles del Juzgado

á figurar en el florilegio de aquel típico tabernáculo...

En cuestión de tintas, allí no se andan con medias *idem*... Y si «don-

El consumo de vino en las grandes ciudades



Antes del cierre



Después del cierre

de las dan, las toman», ya es sabido que no hay refrán que no tenga su antítesis, su contrario y su viceversa.

## La entrada de vino en las grandes ciudades.



Antes de la desgravación.

Después de la desgravación.

Penélope, creyendo primero la ley de alcoholes para *reventar* á la agricultura é inventando luego *eso* de la desgravación de los vinos, con el fin, tal vez, de desagrarla... y jorobar de paso á los Municipios.

Lo que resulta de esto y de las novísimas reales órdenes sobre el cierre de las tabernas, es que los señores ministros de Hacienda y de la Gobernación tienen puntos dia-

Yo no encuentro mal esto, ni tampoco lo de la hora de salida de los teatros, y hasta me parecería muy bien que se ordenase *ab irato* desde el Sinaí de la Puerta del Sol el cierre de las funerarias nocturnas, y se nos prohibiese morir después de dada la media noche, ó de la una y treinta y tres minutos de la madrugada hasta la salida del sol. Realmente, si los Gobiernos no dedicaran su atención

Una calle sin igual en el mundo.—Hay en ella noventa y seis tabernas.



La Gran Vía vinícola de Madrid.

Ayuntamiento de Madrid





La famosa taberna de SIXTO, á donde concurren habitualmente los maestros de los distintos oficios del arte de construcción.



El celebre tabernero CANUTO, de los Cuatro Caminos, conversando con su amigo Manolo Lasarte en el jardín de su clásico merendero.



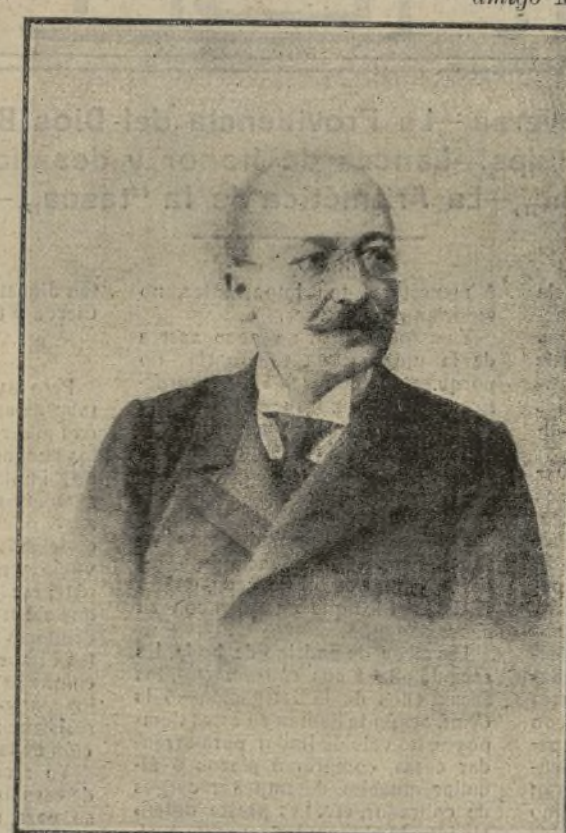
CANUTO, en camiseta (como acostumbra estar aun en los días de las grandes nevadas), despachando en su establecimiento.



Una taberna típica de las afueras.—Obreros de los Cuatro Caminos á la hora de la comida.



Excmo. Sr. Dr. D. Angel Pulido, ex subsecretario de Gobernación, ex director general de Sanidad, ex diputado á Cortes y senador.



Excmo. Sr. D. Ramón Sáiz, acaudalado propietario, uno de los primeros contribuyentes de Madrid, ex diputado á Cortes y senador.

Presidentes honorarios de la Sociedad «La Viña»

(Fotografías Compañía)



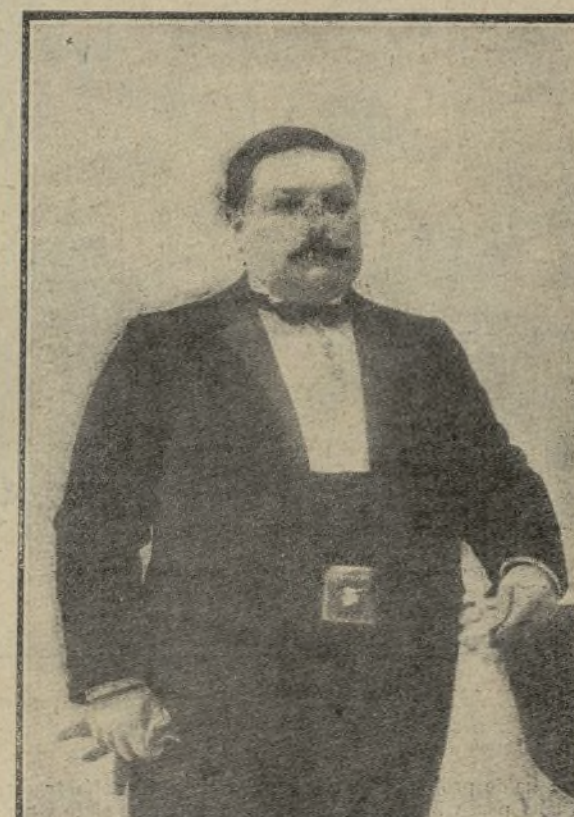
Junta de defensa nombrada por los gremios de vinos, constituida en sesión permanente.

1. D. Antonio López.—2. D. Manuel Joglar.—3. D. Francisco Bernáldez.—4. D. Pedro Aroca.—5. D. José Bautista.—6. D. Melecio Redondo.—7. D. José Corona, abogado.—8. D. Manuel Ramírez.—9. D. Serafín López.—10. Don Francisco Neira.—11. D. José Peña.—12. D. Julián Pérez.—13. D. Marcelino Lorenzo.—14. D. Lucio Castro.—15. D. Paulino Otero.—16. D. Crispulo Gómez.—17. Don Antonio Cao (conserje de la Sociedad «La Viña», en cuyo domicilio se reúne la mencionada Junta).



D. Sixto Fernández, uno de los taberneros más populares de Madrid, síndico del gremio de expendedores de vinos y último presidente efectivo que ha tenido la Sociedad «La Viña».

(Fotografía Méndez)



D. Ramón de Gabriel, fundador de la Sociedad «El Laurel de Baco» y caballero de la Legión de Honor.

(Fotografía hecha cuando era concejal del Ayuntamiento de Madrid, donde defendió con gran brío los intereses del gremio de vinos, á que pertenece.)  
(Fotografía Viña de Amaya y Fernández)



LA TABERNA DE LOS TOREROS, en la calle de Espoz y Mina.—El señalado con cruz es el popular matador de toros madrileño Vicente Pastor, ex «Chico de la Blusa».



LA CASA DE «LA CONCHA».—Una de las tabernas donde hasta ahora han cenado los trasnochadores madrileños.—El actual dueño de la tienda es el indicado con la cruz.



LA CENTRAL, taberna «fashionable» de los Sres. Oliveros hermanos, muy concurrida á la hora de cenar por literatos, periodistas y actores.—1. Don Ulpiano Oliveros.—2. Su distinguida esposa.



Una modesta «tasca» de la calle de San José. El tabernero, su familia y un cochero, parroquiano asiduo de la casa

(FOTOGRAFÍAS ALFONSO)



Las tiendas de vinos—Sr. Osma, Sr. Lacierva—son el único centro de recreo, distracción y solaz para gentes de escaso peculio y de flaca bolsa, que (no siendo obreros agremiados) carecen de otro punto de reunión, por falta de domicilio social donde congregarse.

Los mozos de cuerda, los de los carros de transportes, los criados, los ayudas de cámara, los mozos de café que prestan servicio por la noche, los cocheros de punto, los caleseros, los serenos, *et sic de ceteris*, tienen en la taberna su casino y su club, donde pasan las horas discutiendo amistosamente, *libando* con pulso, tino y medida y jugando al tute, al mus, á la brisca y al dominó, entretenimientos lícitos, si los hay.

peor—ir en busca de asilo en las casas de mala nota, que, por obra y gracia del cierre, se van transformando en tabernas clandestinas, pero abiertas toda la noche?

He ahí qué clase de industria va á salir gananciosa hoy, merced á los pujos puritanistas de los moralizadores al uso.

\*

¿Que muchas riñas tienen origen en las tabernas, y que el vino—color de sangre—suele ser causa de pendencias acaloradas, que se desanudan ó desenlazan trágicamente en algunos casos?... Mucho que sí; pero sobre esto podría yo hacer una «luminosa disertación», caso de que Dios me hubiese llamado por el ca-

la tasca. Algunas germinarán allí, es verdad; pero otras no hacen más que fermentar, puesto que van ya en estado latente, y rarísimos son los casos en que el final sangriento del drama tiene por escenario el propio salón de la taberna.

Cierto es también que muchas riñas de bebedores nacen de la resistencia de alguno de ellos á pagar ó aceptar una copa, ú obedecen á discusiones derivadas del juego; épero va á negarse que otras son debidas á rivalidades de oficio, á diferencias por cuestión de intereses, ó á resentimientos antiguos y odios profundos por motivos de faldas?

¿Se atrevería el Sr. La Cierva á dictar una circular ordenando á los gobernadores civiles que dispusieran, á imitación y ejemplo de Herodes, la degollación de los niños, porque pueden llegar á ser borrachos y pendencieros, y la de todas las mujeres de España, porque tal vez un día sean causa productora y originaria de un crimen, de una riña sangrienta motivada por desvíos, celos ó apetitos desordenados?...

Allí donde se reúnen muchos hombres—como sucede en las tabernas—es natural, lógico é inevitable que los ánimos se acaloren y la masculinidad de sus frutos. No pasará lo mismo en los talleres de confecciones ó en los comercios de sedería, mercería y pasamanería...

¿Qué? ¿No hay broncas en el Congreso de los señores diputados, en las tertulias y asambleas de gentes que no frecuentan los despachos de vino; y no surgen de ellas casi á diario lances personales, que á veces tienen también fin deplorable y trágico? Pues bien; fuera repulgos é hipocresías, si no hay paridad (aparente, al menos) entre los duelos de caballeros y los desafíos de *cabayeros*, cúlpese de ello á la libertad absoluta que hasta ahora ha reinado para la fabricación, venta y uso de armas prohibidas.

Aplique sus dotes de terquedad, tesón y energía el Sr. La Cierva á la represión del vicio de la matonería y de la *guapeza*; persiga, más que á los trasnochadores, á los que *madrugan*, según la frase de los *bravos* de profesión, y verá que la acometividad «á base de alcohol» se reducirá á que los contendientes se propinen algunos *mamporros* y *manguzäs*, á que se curen de contusiones leves en los dispensarios benéficos y á que aumenten los ingresos de los Juzgados municipales y del Tesoro con el pago de las costas y multas impuestas en los juicios de faltas, en vez de acrecentar las cifras de criminalidad, penalidad y mortalidad por causas violentas de defunción.

De todas maneras, claro es que algo se va adelantando ya con las iniciativas del ministro de la Gobernación; se conseguirá que los domingos se maten los borrachos en las afueras (con cuyos establecimientos de vinos no reza lo del cierre) y no en el casco de Madrid, y que en los días feriados se despanzurren ó des-

calabren antes de media noche. Y, al fin, al fin... ¡menos da una piedra!

\*

Se ha invocado también como argumento *ad hominem*, y apelando al *cursi-sentimentalismo* (tan en boga hoy en literatura, y del cual nues-

En la clase 9.<sup>a</sup> (bis) de la tarifa para el repartimiento y cobro de la Contribución industrial, figuran inscritos en Madrid 1.270 establecimientos dedicados á la venta de vinos al por menor (vulgarmente conocidos con el nombre clásico de *tabernas*). Agregando á ellos las



FRASES HECHAS, por Tovar.



EL ARTE EN LA TABERNA.—«La Mezquita», situada en un aristocrático barrio.

¿Por qué ha de prohibírseles que los domingos pasen allí las horas que el trabajo les deja libres? ¿Por qué ha de obligárseles tampoco á que, permaneciendo abiertos los teatros y demás espectáculos públicos hasta las doce y media, y los cafés hasta una hora después, tengan que recogerse á sus domicilios, ó *pendonear* por las calles entre meretrices y hampones, ó—lo que es aún

mino de la filosofía trascendental...

A falta de un «lato y concienzudo examen» de tan peliaguda y ardua materia, me bastará con unas sencillísimas reflexiones para demoler ese gran castillo de naipes y esa *turrís ebúrnea* construída con fichas de dominó por los cíclopes y titanes del Gabinete.

En primer lugar, no todas las reyertas se producen en el interior de

tros melenudos «efebos» han contagiado, por lo visto, á los prohombres sin pelo... de tonto), se ha dicho, oficial y oficiosamente, que, cerrando las tabernas los sábados á la hora del aquelarre, los borrachines que acostumbraban zurrar la pavana á sus mujeres, al retirarse á casa, no tendrán ya ocasión de caer en tan abominable pecado... ¡Ay, no quisiera yo estar en el pellejo de esas infortunadas hembras!... Porque, desde la hora de cobrar los jornales de la semana hasta la media noche, hay tiempo sobrado para que los sujetos de cabeza poco firme y mano ligera se embriaguen copiosamente y hagan coraje para «zumar la pandereta»—como ellos dicen—á sus malaventuradas costillas.

Todo se reduce á que el vapuleo se adelantará algunas horas y acabará á la misma de antes, probablemente; con lo que no les arrienda la ganancia á las pobres víctimas... El que malas mañas ha, etc. Y... no por poco trasnochador, *amanece más temprano*... Al contrario.

\*

Parodiando el cantable de una zarzuela bufa (*Ki-ri-ki-ki*), piensan algunos mal pensados

«el tabernero es el mortal que es más feliz y más jovial; lo pase bien, lo pase mal, el tabernero siempre está igual...»

Y eso me parece otro error de los inventores, defensores y propagadores de la *teoría y práctica* del cierre dominical y nocturno.

Porque, vamos á cuentas, y acudamos para ello al socorrido apoyo de la Estadística...

tiendas de vinos y licores (clase 9.<sup>a</sup>), botillerías, figones y *restaurants* asimilados, puede calcularse que el número de *tasca*s—para hablar claro—situadas en el casco de la población se aproximará á las 2.000. Sumadas á ellas otras tantas de las afueras, puede decirse que son 4.000 los industriales pertenecientes á este gremio. Mas prescindamos de estos últimos (los de los arrabales y extramuros, con arreglo á la división hecha por la Hacienda en este respecto contributivo), puesto que lo del cierre de los domingos no va con ellos, y hagamos un cálculo aproximado y á ojo de buen cubero (frase de aplicación ahora) respecto á las consecuencias que para ellos tendrá la Real orden de La Cierva, antípoda de la ley Osma relativa á la desgravación de los vinos.

La venta de éstos al menudeo es cosa ocasional puramente, hija de la casualidad, obra del momento *fatal* y crítico. Tres hombres se encuentran en la calle, se saludan, hablan un rato; y, si son aficionados al mosto, se dicen:

—Vamos á tomar unas copas en esa tasca.

Si se tratase de comprar un sombrero (ó una sombrerera), pongo por caso, el individuo que ve que la tienda está cerrada, por ser domingo, deja la compra para el lunes. El sombrero (ó la sombrerera), que ha durado tres meses, bien puede durar tres meses y un día. Pero las tres copas de los amigos no van á aplazarse hasta el día siguiente.

Total: que, según mis datos estadísticos, cada taberna deja de despachar *cuatro arrobas* de vino (por copas) cada domingo. Y como cada

## CINEMATÓGRAFO VINÍCOLA, por Tovar.

En el Museo de Pinturas.

Borracho prevenido vale por dos...

La marcha de Garibaldi.

Amicus «plato», sed magis amica «bébitas».



La Cierva (al celador): —Diga usted, de mi parte, al señor Velázquez que su cuadro debe cerrarse los domingos, y que los demás días sólo se puede ver hasta las doce de la noche.



—Yo pesqué esta merluza el sábado último.  
—¡Anda, pues yo tengo esta papalina desde el lunes de la otra semana!



—¡Arriba, caballo moro!... Lo que te digo; me voy de España porque le hago sombra á La Cierva, y no quiero que me desgraven.



El único consuelo que les queda á los bebedores es admirar un retrato de Pepe Botella, y luego lamerle el apellido.



## "Enquête., de LA SEMANA ILUSTRADA. — ¿Cuál es la bebida que usted prefiere?"



Benedictino.



... de la Franco-Española.



«Vini», vidi, vici.



Vino blanco.



También blanco, con seltz



Peleón.



Sidra, marca el Gaitero.



Cigarete.



Priorato solidario.



Lácryma Christi.

una le dejaba 2,50 pesetas de beneficio líquido (y tanto!); y como á esa pérdida hay que añadir los gastos improductivos de contribución, alquiler, dependencia, trabajo utilizable y utilitario de los dueños y sus familias, condenados á ocio y huelga forzosos, puede comprenderse ya por esto que

«el tabernero NO es el mortal que es más feliz y más jovial...»

\*

En buena ley y en recta justicia, el Sr. Osma, para colaborar á la obra de su compañero el Sr. La Cierva, debía desgravar la contribución á los taberneros en los 52 domingos que tiene el año... Porque ha de saber el bueno del ministro de Hacienda que, entre todos los taberneros de Madrid, habrá—y echo por largo—cien que se hayan enriquecido con su negocio, otros cien que vivan regularmente y el resto que pasa las de Caín y que tiene necesidad de ser empleado (de poco sueldo, es claro), dedicarse á un oficio cualquiera ó vestir el uniforme de guardia urbano ó de Seguridad para ayudar al sostenimiento de su familia, pues la tasca no da mucho de oír...

Y ya se ve que, por este lado, tampoco

«el tabernero es el mortal que es más feliz y más jovial...»

\*

Pero hay más todavía... He dicho ya que la taberna es el casino de los pobres, y así ocurre á veces lo que sigue:

Cuatro socios entran á las tres de la tarde en una taberna; ocupan una mesa; piden una botella de Valdepeñas (0,50 pesetas) y una baraja; se están allí jugando cuatro ó seis horas; dejan inservibles los nalgas; rompen la botella, ó un vaso, ó dos... ó los cuatro, y se van sin pagar el gasto, porque uno de ellos tiene allí crédito... ¡Negocio redondo para el tasquero!!

No sin razón dicen los industriales de la clase 9.ª (bis) que «su negocio es un negocio que se derrama contra el dueño...»

Y esto prueba también que

«el tabernero NO es el mortal que es más feliz y más jovial...», como se afirmaba del japonés en *Ki-ki-ri-ki...*

\*

Pero no quiere esto decir que todo sean pérdidas para los dueños de tabernas, y ahora voy á aguarles el vino, ya que ellos nos lo aguan á nosotros.

Apelaré á mis viejas amigas, las Matemáticas, que no han de dejarme por embustero. Vamos á cuentas. Una arroba de vino tiene justamente 16 litros para los taberneros; de cada litro sacan 10 copas, luego salen 160 de cada arroba. Si ésta (aun suponiendo que el vino sea de Valdepeñas y de primera clase) les cuesta ocho pesetas, incluyendo su precio allí y los gastos de transporte y arrastre hasta poner la bota en casa y vender la copa á ocho céntimos, resulta que ganan 4,80 pesetas en cada arroba, ó sea, que obtienen un beneficio líquido del 60 por 100, que ya es un interés respetable.

Mas el negocio está en las cortinas, porque nadie bebe por ocho céntimos el contenido de la copa legal, sino la mitad, la tercera ó la cuarta parte de él; y esas cortinas (que son las sobras, ó los residuos, ó bien las babas que dejan en el vaso los bebedores) se van mezclando y revolviendo en grandes jarras, y de allí pasan á los gacznates y á los estómagos de otros clientes; lo cual es sencillamente una porquería, que los señores de la Higiene debían prohibir á todo trance y perseguir enérgicamente.

Figúrense, pues, ustedes el número de copas que con esa terrible mezcolanza—y por la costumbre chic de no apurar jamás los vasos el parroquiano—pueden salir de cada arroba de morapio ó de peleón. ¡El diluvio!... Si todas las cortinas fuesen por sumideros y alcantarillas al Manzanares, este hidrópico río podría hacer dignamente la competencia al mar Rojo, y los lavaderos públicos tendrían apariciones de Mataro municipal... ¡Tal quedarían las ropas de ensangrentadas, por el color del vino!

Hay que advertir aún otra cosa: Que los taberneros, suba ó baje el precio de la arroba en el mercado, dejan inalterable el de ocho céntimos de peseta para la copa ó medio chico... ¿Qué ocurrirá cuando empiece á regir la ley Osma sobre la desgravación de los vinos?

Puede calcularse que anualmente entran por los fielatos de Madrid de 20 á 25 millones de litros al año (sólo en el llamado del Mediodía se afora diariamente 400 pellejos de á 130 litros, que suman al año 18.980.000 litros). El arrendatario de Consumos satisfacía ahora al Ayuntamiento la cantidad de pesetas anuales 7.800.000, por el concepto de los vinos comunes (que es de lo que tratamos aquí). En cuanto sean desgravados, el nuevo arrendatario, en vez de entregar al Erario municipal veintitrés millones y pico de pesetas por la concesión del cobro del impuesto total de Consumos, no ofrecerá ni doce millones. ¡Estos serán los beneficios que el sistema conservador rentístico habrá proporcionado á la capital de España!

Otro dato, y basta de matemáticas... Con el cierre dominical puede calcularse que las 2.000 tabernas á quien alcanza la disposición de La Cierva, dejarán de vender cuatro arrobas cada domingo, que—multiplicadas por el número de establecimientos y de semanas—arrojan un total de 416.000 arrobas al año, ó sea, 6.656.000 litros y 66.560.000 copas legales. Y si pudiera computarse el número de copas reales á que da origen y lugar la costumbre de dejar cortinas en los vasos, ¡figúrense ustedes la millonada que se pierde!...

La añagaza de aguar el vino sólo la emplean los taberneros para el que venden por botellas ó frascos; y con su gran conocimiento de las reglas de aligación logran obtener un producto verdaderamente fabuloso de la mercancía pues cada arroba se convierte Dios sabe en cuántas.

Y, sin embargo, los taberneros no hacen negocio, como ya he demostrado antes. ¿Por qué? Por lo cara que está la vida; por lo alto de las contribuciones y de los alquileres

de sus comercios y sus viviendas; y, sobre todo, por el fiado, que es causa de ruina para gran parte de los tasqueros.

\*

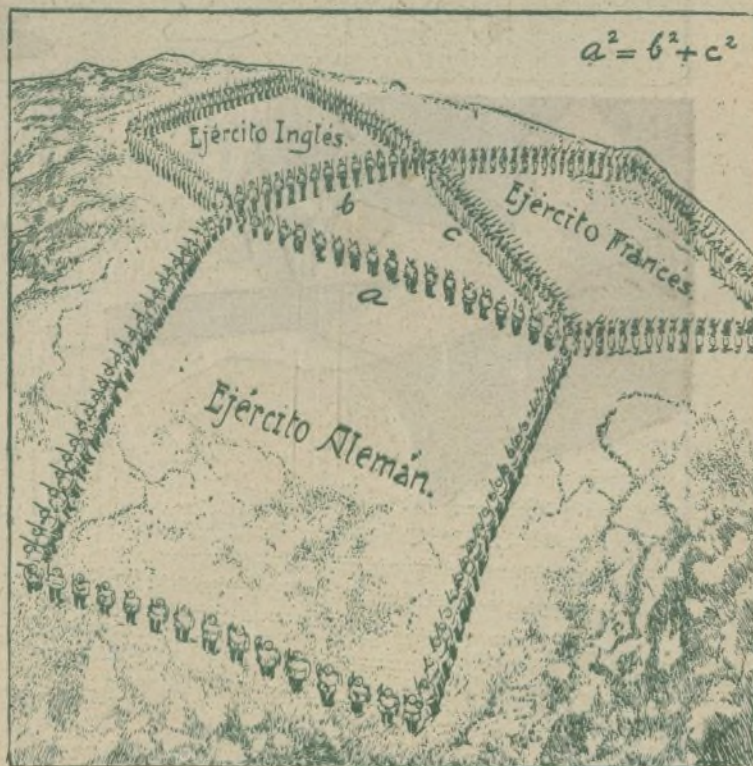
Mucho más—¡quién lo duda!—podría hablaros acerca de este inagotable problema; pero ya he demostrado sobradamente mis profundos conocimientos en achaques taberneros, y me parece á mí que

puedo codearme con los señores La Cierva y Osma...

Para empapar bien de este mi «luminoso informe», vean ustedes las fotografías, caricaturas y dibujos de mis queridos compañeros de redacción, y se convencerán de que hemos bebido en buenas fuentes (léase tasca) y de que hemos esclarecido ó alumbrado el problema en todos sus aspectos y fases...

Carlos MIRANDA.

## El teorema de Pitágoras aplicado al militarismo.



Los pangermanistas comunican á Marte, por medio de un reflector eléctrico, la siguiente versión militarista del teorema de Pitágoras:

«El cuadrado del ejército alemán es igual á la suma de los cuadrados de los ejércitos francés é inglés.»

(Del U.R.)





Originales propiedad del «NEW YORK HERALD».

Impreso en máquina rotativa especial para colores.—Establecimiento tipográfico de EL IMPARCIAL, Mesonero Romanos, núm. 31, Madrid.

Ayuntamiento de Madrid